

dos de venir á San Pedro; el camino de Roma es el camino de la justicia y de la equidad; el sepulcro de San Pedro es el foco de la luz, es el paladium de la libertad moral y la fuente de la consagración á Dios, á la Iglesia y al pueblo.

21 DE DICIEMBRE.

Historia de las Catacumbas desde su origen hasta el siglo décimosexto.—Piadoso empeño de los cristianos de descansar en las Catacumbas.—Inscripciones.—Tres observaciones sobre las inscripciones.—Sepultura en las Catacumbas despues de las persecuciones.—Traslacion de los mártires á las iglesias.—Sepultura en las iglesias.—Historia y descripción de las Catacumbas de la vía Aureliana.—Cementerios de san Calépedo, de san Julio, de los santos Proceso y Martiniano.

El arco de Constantino y la basílica de San Clemente nos habian servido de preparacion como el Anfiteatro, para una nueva visita á las Catacumbas. Atravesando el Tiber por el Puente Sixto, llegamos al Janículo cerca de la antigua vía Aureliana. Allí se encuentra el vasto cementerio de San Calépedo. Antes de bajar á él, ó más bien con el fin de bajar á él con más utilidad, nos quedaba por resolver una cuestion. ¿Cuál ha sido desde su fundacion hasta nuestros dias, el estado de las Catacumbas? Ayer habiamos reconocido considerables modificaciones en las Grutas Vaticanas; ¿los otros cementerios han sufrido la misma suerte? Esta cuestion interesante bajo el aspecto histórico, se hace más importante bajo el punto de vista religioso; porque se refiere á lo ménos indirectamente á la autenticidad de las reliquias.

Conocemos ya el origen y el destino de las Catacumbas. Durante todo el tiempo de las persecuciones, es decir, despues

de la llegada de San Pedro á Roma hasta el advenimiento de Constantino, los fieles no tuvieron otro lugar de sepultura. Mártires ó no, todos querian descansar unos cerca de otros, en la venerable necrópolis. Tales eran durante la vida sus más ardientes votos; tal era su voluntad suprema en el momento de morir. Seria demasiado largo referir todos los testimonios de aquella fe tan viva de los moribundos y de la religiosa fidelidad con que se conformaban con su piadoso deseo. Algunas inscripciones tomadas á la casualidad de las diferentes Catacumbas, son más que suficientes para no dejar ninguna duda sobre este punto.

En el cementerio de San Calépedo:

VALENTINE CONJUGI BENEMERENTI
FECEIT MARITUS QUE VIXIT
AN. XVII. MES. VII. ET CVM MARITVS
FECEIT ANN. V. ET MESES VII.

«A su ameritada esposa Valentina, ha hecho su marido este sepulcro. Ella vivió diez y siete años, siete meses, y con su marido cinco años y siete meses.»

EUTHICIE FILIE DVLCISSIME QUE
VIXIT ANN. VIII. MENS. VII. DIES. IIII.
DEPOSITA VIII. IDVS OCTOBRIS
IN PACE.

«A Eutiquia, hija muy amada, que vivió ocho años, siete meses, cuatro dias. Depositada el ocho de los idos de Octubre.»

En el cementerio de San Ciriaco:

IUSTINVS LÆDE. CONJUGI. BENEMERENTI. LEONTIVS ET VICTORINVS LÆDE MATRI >P< KARISSIME AMANTISSIME.

«Justino á Leda su esposa, benemérita. Leoncio y Victoriano á Leda su madre muy querida y muy amada en Jesucristo.»

En el cementerio de San Calixto:

LEO ET PETRONIA PAVLO FILIO
DVLCISSIMO QVI VIXIT ANN.
XXIII. M. V. D. XV IN PACE DEP.

«Leon y Petrónia á Paulo su querido hijo, que vivió veintitres años cinco meses quince dias. Depositado en paz.»

En lugar de dejar algunos el cuidado de sus sepulturas á sus parientes, á sus amigos, ellos mismos preparaban los sepulcros, cuyo lugar y cuya forma indicaban. Nada es más comun que las inscripciones relativas á esta costumbre y de las cuales voy á dar solamente algunos modelos.

En el cementerio de San Calixto:

MARCELLA. SE. VIBA. FECEIT. SIBI.

«Marcela, viviendo aún, se mandó hacer este sepulcro.»

CONSTANTIA FECEIT SIBI VIVA
LOCVM.

«Constancia, viviendo aún, se mandó hacer este *loculus*.»

En el cementerio de Santa Ciriaca:

BONIFATIA SIBI, ET COMPARI SVO
IUSTINO BENEMERENTI FECEIT QVI
BIXIT ANNIS LXV. ET FECEIT CVM
COMPARI SVO ANNIS XVI.

«Bonifacia ha hecho este sepulcro para sí y para su marido Justino, muy ameritado, quien vivió sesenta y cinco años, y con su esposa diez y seis.»

En el cementerio de Santa Priscila:

VRBICVS SE BIBV FECEIT CVM
COMPARE SVA.

«Urbico, viviendo aún, se hizo este sepulcro con su esposa.»

La piedad de nuestros padres iba todavía más léjos; por pobres que fuesen, no temian comprar á precio de su trabajo ó de sus limosnas la felicidad de ser inhumados cerca de los mártires.

En el cementerio de San Calixto:

FORTVNATVS SE VIVO SIBI FECEIT
VT CVM QVIEVERIT IN PACEM IN >P<
LOCVM PARATVM HA....
..... FLIVS DVLCISSIMVS DE
SVO LABORE SIBI FECEIT.

«Fortunato se ha hecho este *loculo*, vieniendo aún, á fin de que cuando repose en paz en Jesucristo tenga un lugar preparado....

....Hijo querido, se ha hecho este sepulcro con el precio de su trabajo.»

En el cementerio de Santa Ciriaca:

HIC EST LOCVS QVEM SE VIVA
GENTIA BISOMV COMPARAVIT.

«Este lugar, que Géncia, viva aún, compró para dos sepulcros.»

En el cementerio de Santa Priscila:

LOCVS BENENATI
ET GAVDIOSÆ COMPAREST
SE VIVI COMPARAVERVNT
AB ANASTASIO ET ANTIOCHO FS.

«Este es el lugar que Bemenato y Gaudiosa, esposos en Jesucristo, han comprado, aún vivos, de Anastasio y Antioco, sepultureros.»

En el cementerio de Santa Ciriaca:

IN CRYPTA NOVA RETRO SAN
TVS EMERVNM SE VIVAS. VALER.
RE I SABINA MERVVM LOC
VBISONI A BAPRONE ET A
BIATORE. I

«En la crypta nueva, detrás de los santos, Valeria y Sabina compraron de Apron y de Viator, durante su vida, este lugar para dos sepulcros.»

Estas inscripciones que seria fácil multiplicar, dan lugar á tres observaciones:

1 Hé aquí la misma inscripcion en una lengua ménos incorrecta: In crypta nova retro sanctos emerunt se vivos Valeria et Sabina merum locum Bisomum ab Aprone et Viatore.

sobre las faltas de estilo, sobre el uso de comprar un lugar en las Catacumbas, y sobre el cuidado de designar ó de preparar el lugar de su sepultura.

Al ver las incorrecciones y los barbarismos de nuestras inscripciones sepulcrales, unos han dicho que pertenecen á la época de decadencia y que son posteriores á la era de las persecuciones; otros han atribuido las faltas que en ellos se descubren á la ignorancia de los primeros fieles que se formaron en Roma, como en el resto del mundo, de la última clase de la sociedad. La primera de aquellas dos aserciones es enteramente falsa, la segunda no es exacta más que en parte. Desde luego no hay un arqueólogo, por poco ejercitado que sea, que no sepa que las inscripciones paganas de la mejor época, aun del siglo de Augusto, presentan muchas veces las mismas incorrecciones, los mismos cambios de letras, los mismos barbarismos. Los innumerables ejemplos referidos por Colzio 1 y por Fabretti 2 hacen evidente este hecho como la luz del día.

Sin duda los primeros cristianos de Roma no salían todos, ni aun en gran número, de las altas clases de la sociedad. La gloria del Evangelio es haber comenzado en todas partes por los pobres. Sin embargo, contó desde la llegada de San Pedro y en la primera persecución á neófitos ilustres, tales como el senador Pudencio, su mujer Priscila, sus hijas Praxedis y Pudenciana, sus hijos Novato y Timoteo; santa Prisca, santa Lucina la Anciana, san Tropes y san Evelio, oficiales de Nerón, y otros muchos todavía que pertenecían á la corte misma del emperador: *qui de Caesaris domus sunt*. 3

Las faltas que se notan en las inscripciones cristianas no podrían atribuirse ex-

clusivamente á la ignorancia de los primeros cristianos. Esto se hace evidente, puesto que poseemos inscripciones cristianas de la misma época que están perfectamente correctas. 1

Que la ignorancia de la lengua aristocrática sea en parte la causa de aquellos barbarismos y de aquellas incorrecciones, nadie (hasta ahora) pretende contradecirlo; pero si se refiere uno á los tiempos y á los lugares parecerá justo atribuir las mayor parte á la dificultad de hacerlas mejor. ¿De qué se trataba en efecto? De inhumar á toda prisa, durante la noche, en los lugares estrechos y de difícil acceso, un número muy considerable de cuerpos sangrientos, traídos de los Anfiteatros, de los Circos, de las Vías Públicas, en donde habían permanecido tal vez muchos días; muchas veces faltaban el tiempo, los útiles, la costumbre y los materiales indispensables. El sepulturero con la punta del pico que le había servido para cavar el *loculus*, grababa precipitadamente en el ladrillo, sobre la piedra, algunas veces sobre la cal, el nombre del difunto, el signo de su martirio, á lo más algunas líneas destinadas á recordar sus cualidades y la época de su muerte. Agreguemos que el pueblo tenía su lengua para sí, distinta del lenguaje de la corte. ¿Las *Comedias de Plauto* no son un monumento vivo de esta diferencia de idioma que existía en Roma entre los obreros, los artesanos, los esclavos, por una parte; y los ricos, los sabios, los literatos, por otra? ¿No pasa hoy todavía lo mismo en todas las capitales de la Europa? Además, si el pueblo tenía una lengua para sí, que hablaba en la conversacion, ¿debe admirarnos que la haya escrito en su sepulcro?

En cuanto á la costumbre de comprar un lugar en las cryptas de la Roma sub-

1 Boldetti, lib. II, c. X, p. 427.

terránea, conduce á muchas explicaciones de gran interés. Los cementerios cristianos fueron desde su origen propiedad de las parroquias ó de los particulares. Los primeros, cavados en las entrañas de la tierra, cerca de las Vías Romanas, no perteneciendo á nadie, eran la sepultura común de todos los fieles de la parroquia. A ella se bajaban igualmente á los mártires degollados en las inmediaciones, cualquiera que fuese el lugar de su domicilio. La necesidad hacia de esto una ley generalmente absoluta. Los segundos, dados por los cristianos mismos y abiertos en sus campos, quedaban de propiedad de los fundadores en el sentido de que se reservaban el derecho de ser inhumados allí, con lo cual obtenían más fácilmente la felicidad de depositar en este lugar los mártires, y mediante algunas limosnas á la iglesia ó alguna gratificación á los sepultureros, de conceder á los fieles que lo deseaban, el permiso de descansar allí cerca de los santos.

Además, en la donación, en la reserva y en la concesión brilla igualmente la vivacidad de la fe primitiva. La fe de aquellos ilustres neófitos era viva cuando convertían los soberbios jardines de sus vilas en lugar de sepultura para sus nuevos hermanos. ¿Qué cambio en las ideas y en las costumbres! Aquellos orgullosos Romanos, aquellas soberbias matronas que ayer todavía insultaban con su fausto y su desden al pobre y al esclavo, con quienes se hubieran avergonzado de tener algo común con ellos en la vida ó en la muerte, hélos ahí hoy que no contentos con alimentarlos, cuidarlos y besar con respetuoso amor sus cadenas y sus heridas, se imponen costosos sacrificios para procurarles una honrosa sepultura, y renuncian á sus brillantes mausoleos á fin de dormir con ellos en los mismos sepulcros! Si se reser-

van algún derecho sobre las tierras que han dado, es el de poder santificarlo haciendo depositar en ellas á los mártires. Gastos, fatigas, peligros, nada dejan de hacer por procurarse semejante felicidad.

Entre otros cien, la historia nos muestra á Santa Justina, gloriosa hija de una de las familias más nobles de Roma, mandando sacar de las gemonias el cuerpo de San Restituto. Le lleva á su casa, le envuelve con lienzos finísimos y le pone los perfumes más exquisitos y va ella misma á inhumarlo en su cementerio, en la Vía Nomentana á diez y seis millas de Roma. 1 La historia nos muestra también á Santa Teodora, en quien la virtud parecía realzada por la nobleza de la sangre, tomando los cuerpos de los santos mártires Abundio y Abundancio, y pasándolos con sus propias manos á su Catacumba en la Vía Flaminiana, á veintiocho millas de Roma. 2 Por fin nos muestra á la ilustre Lucina ocultando en su litera y trasladando, desde la Vía Salaria en donde habían sido muertos, hasta su cementerio, situado en la Vía Ostia, á siete millas de Roma, á los santos Ciriaco, Largo, Smaragdo y otros veinte mártires. 3

Mientras los cristianos favorecidos con los dones de la fortuna dan tan brillantes testimonios de una fe viva, los hermanos de una condición inferior los dan tal vez

1 *Ex. Act. eod. ms. S. Mariae ad Praesepe.* —Bar., t. II.

2 Bar. *Adnot. ad Martyr.*, 16 de Setiembre.

3 *Imposuit nocte in pavone cum ennuclis suis et sustulit unde commendata fuerant. Translata sunt cum S. Ciriaco in praedio suo Via Ostiensi, milliario ab urbe Roma septimo, ubi requiescunt in sarcophayis lapideis quos sua manu recondidit B. Lucina in pace, sexto idus Augusti.* —“Los colocó por la noche en una litera acompañada por sus eunucos y los quitó de donde estaban. Fueron trasladados con San Ciriaco á su campo en la Vía Ostiense, á siete millas de la ciudad de Roma, en donde descansan en sarcófagos de piedra donde los colocó con su propia mano la B. Lucina en paz, el 9 de Agosto.” —*Ex. Cod. Later, Vat. 6, 8, 3.*

1 *Thesaur Rom. Antiq.*, etc.

2 *Inscript. Antiq. Rom.*, 1702.

3 *Epist. ad Philipp.*, c. IV, 22.

más tiernos por el ardor con que solicitan y por los sacrificios á cuyo precio compran la insigne felicidad de ser sepultados cerca de los santos. Sabian, dicen sus dignos intérpretes, que es útil descansar no lejos de los mártires cuya presencia teme el demonio, cuyos cuerpos excitan más vivamente el fervor de los vivos y cuyas oraciones son todopoderosas para conseguir la resurreccion gloriosa. 1

El deseo de tener un sepulcro en un lugar más bien que en otro, el cuidado de designarlo y de asegurar su posesion nada tiene de comun con el egoismo pagano y la orgullosa exclusion de los sepulcros. En el paganismo se ven mausoleos de familia, columbarios para tal ó cual corporacion; todos están aislados y prohibidos á los extranjeros bajo pena de anatema. En la Roma cristiana al contrario, se encuentran sepulturas comunes abiertas sin excepcion á todas las clases y á todas las condiciones. Solamente los esposos, los padres, los hermanos, los amigos y los parientes, tan tiernamente unidos durante la vida, desean no separarse despues de la muerte y ser colocados lo más cerca posible de los mártires. En la comunidad de sepultura brilla el cumplimiento del gran precepto de la caridad y de la igualdad universales. En las reservas particulares se muestra todavía esta misma caridad que consagra los vínculos más íntimos de la sangre y de la amistad así como los piadosos deseos de la fe. Léjos de destruir la naturaleza, la religion la perfecciona. Tal como se la admira en la vida de los primeros cristianos

1 S. Aug. *De Cur. pro mortuis gerend.* S. Maxim. *Homil. in Natal.* 53; Taurin., *Martyr Biblioth.* PP. t. V, pars I.—Ut tempore resurrectionis cum opulatoribus spe et fiducia pleni resurgant. "Para que llenos de esperanza y de confianza resuciten con sus favorecedores en el tiempo de la resurreccion."—*Apud. Ruinart. Adm. in Homil. de 4055, Martyr.*

así se la encuentra en sus venerables cementerios.

Despues de las persecuciones las Catacumbas continuaban siendo el lugar general de sepultura para los hijos de la Iglesia: con este objeto muchas se extendieron. Este es un hecho del cual dan testimonio la ciencia y la historia igualmente. "En 1716, dice el excelente Boldetti, encontré en las Catacumbas de Santa Inés galerías enteramente llenas de arena. Las mandé cavar por sepultureros. En ellas encontramos hasta doce hileras de *loculi* todos perfectamente cerrados con ladrillos ó con pedazos de mármol. Muchos tenían inscripciones en caracteres griegos y latinos, pero en ninguno de aquellos sepulcros pude descubrir ni la palma, ni la jarra de sangre, signos característicos del martirio. Fuí más léjos. A fin de asegurarme plenamente de si no estaba encerrada alguna jarra de sangre en el interior de los *loculi*, lo que sucede algunas veces, mandé abrir á mi vista en un solo dia, cerca de cien sepulcros y me fué imposible encontrar algun signo de martirio. Me aseguré por esto de que aquella parte de la Catacumba era posterior á las persecuciones. La historia vino á confirmar mi juicio y á enseñarme que aquella parte del cementerio de Santa Inés data del reinado de Constantino y aun algunos años despues." 1

A fines del mismo siglo la historia nos muestra al Papa San Ciricio inhumado en las Catacumbas de Santa Priscila; á principios del quinto al Papa San Anastasio en las del *Ursum Pileatum*; un poco más tarde el Santo Papa Sózimo va á descansar en las Catacumbas de Santa Ciriaca en la Vía Nomentana; San Bonifacio en las de Santa Felicitas; San Celestino en las de Santa Priscila y San Sixto III en

1 Osservaz., lib. I, c. II, p. 6.

las de Santa Ciriaca; en fin, todos los Papas, hasta San Gregorio exclusivamente, esperan la resurreccion en las Grutas Vaticanas, cerca del príncipe de los Apóstoles.

Entre tanto las Catacumbas, como todos los monumentos de Roma, tuvieron que sufrir invasiones de los pueblos del Norte y principalmente de los Lombardos. Hé ahí por qué el Papa Bonifacio IV, en 607, mandó trasladar al Panteon una multitud de huesos de mártires que el mal estado de muchos cementerios hubiera podido exponer á la profanacion; sus sucesores imitaron su ejemplo. Las iglesias de Roma no tardaron en poblarse con los héroes del Evangelio, y la misma fe que habia llevado tan largo tiempo á los cristianos á descansar en las Catacumbas, les hizo desear una sepultura en las iglesias, siempre con el fin de esperar la resurreccion en compañía de los mártires. 1 La costumbre general de este género de sepultura ha durado hasta principios de nuestro siglo en la época de la ocupacion francesa.

Aunque las Catacumbas hubieran dejado de ser el cementerio de los fieles, no dejaron de ser visitadas con una profunda veneracion y de llenarse de siglo en siglo con nuevas reliquias. 2 Además, es justo decirlo, aquellas extracciones eran bastante raras y las traslaciones aun más raras. El momento marcado por la Providencia no habia llegado á revelar al mundo las maravillas y las riquezas de la gran ciudad de los mártires. Este estado de cosas duró hasta el siglo décimosexto. Aquí comienza una nueva era en la historia de las Ca-

1 Cessarunt autem fideiun studia in coemeteriis adeundis postquam ea quae ibi sita erant corpora sanctorum martirum intra urbem sunt delata, et in diversis ecclesiis honorificentius collocata.—Bar., *An.* 226, n. XI.

2 Boldetti, lib. I, c. XXII, lib. III, c. III.

tacumbas; pero mañana nos tocará hacer relacion de ella. No olvidemos que estamos en el Janículo, y el *Cementerio de Santa Calépoda* reclama todos nuestros instantes.

No léjos de la vía Aureliana, en otro tiempo limitada con magníficas tumbas y con columbarios, se desenvuelve majestuosamente el acueducto de la Fuente Paulina, llamada en los autores paganos *forma Trajana*, *forma Sabbatina* y *forma Alseatina*. Sobre esta tierra, verdaderamente histórica, se levanta la iglesia de San Paul cracio en donde se encuentra la principal entrada de las Catacumbas de San Calépodo; las otras están extendidas acá y allá en las viñas. La Basílica encierra el lugar mismo, teatro de los combates del joven mártir, cuyo cuerpo descansa bajo el altar. Aunque el cementerio lleva el nombre de San Calépodo, martirizado bajo Alejandro Severo, su origen parece mucho más antiguo. Antes de bajar á él aprendamos á conocer á los huéspedes ilustres que habitaron ó que habitan todavía aquel cuartel de la augusta necrópolis. El primero es el santo sacerdote que acabamos de nombrar. Calépodo se entregaba con ardor al ejercicio de su benéfico ministerio, cuando fué detenido por orden del emperador Alejandro. Con la mira de aterrorizar á los cristianos, se le condenó á ser arrastrado por las calles de Roma y despues arrojado al Tíber, pero los hermanos le habian seguido en los diferentes teatros de su martirio. Se le retiró del rio, y San Calixto le inhumó con sus propias manos en el cementerio adonde vamos á entrar. 1

1 Tunc gaudio repletus est. (B. Calixtus) quod corpus sanctum acceptum recondidit eum aromatibus et liinteaminibus, cum hymnis, et sepelivit in caemeterio ejusdem VI id. majus.—"Y entonces lleno de alegría (S. Calixto) guardó el cuerpo del santo en lienzo y aromas, entonó himnos y se sepultó en su cementerio el día seis de los idos de Mayo." Ex. *Cod. ms. Vat.*

El segundo es el caritativo pontífice que dió sepultura à San Calépedo. Habiendo sabido Alejandro Severo la accion de Calixto y la conversion de uno de sus soldados, entró en un gran furor; Privato, el soldado convertido, espiró bajo los golpes de cuerdas provistas de plomo; y Calixto fué precipitado de una ventana á un pozo con una piedra al cuello. Diez y siete dias despues de la ejecucion, un sacerdote llamado Astero, vino durante la noche, acompañado de diez eclesiásticos, al lugar del martirio. Sacó del pozo el cuerpo del santo Papa y le sepultó en la Catacumba de San Calépedo la víspera de los idos de Octubre. San Calépedo y San Calixto descansan hoy bajo el altar mayor de Santa María *in Trastevere*.

Entre las otras glorias del cementerio de San Calépedo, es necesario nombrar tambien al ilustre mártir San Julio, senador romano, condenado á muerte bajo Cómodo. Los Santos Vicente, Peregrino, Eusebio y Ponciano, le habian convertido ántes de sufrir el último suplicio; la sangre de ellos más bien que sus palabras, fué una semilla para nuevos cristianos. Uno de sus verdugos, llamado Antonino, habiendo visto con sus ojos un ángel brillante de luz que recogia la sangre de los mártires, pidió repentinamente el bautismo, y algunas horas despues él mismo firmaba con su sangre la fe que acababa de abrazar. Condenado á muerte en la vía Aureliana, cerca de la forma *Trojana*, fué inhumado por el santo sacerdote Rufino en el cementerio inmediato al de San Calépedo. Allí fueron tambien á descansar el cónsul San Palmaso con su mujer, sus hijos, y cuarenta y dos personas de su casa; el senador Simplicio, su mujer Claudia y setenta y ocho personas de su familia. Todos habian sido bautizados por San Calixto y todos fueron condenados á muerte por órden de Alejandro Severo, quie

mandó fijar sus cabezas en las puertas de Roma. Acordémonos todavía de los Santos Víctor y Coronado, que sufrieron bajo Antonino; pensemos en que vamos á pisar una tierra regada con sangre, en que vamos á pasar delante de sus *loculi*, en que vamos á ver los lugares embalsamados con el incienso de sus oraciones, y entre nosotros acompañados de esos nobles y santos pensamientos.

Hé aquí la escalera que nos conduce á las galerías subterráneas: aquí comienza un gran laberinto. A la derecha y á la izquierda tumbas vacías; por ahora podemos mantenernos rectos, despues será necesario inclinarnos y andar como en una rampa, segun que la galería se levante ó se baje en las venas de la toba granular. Hé aquí las *arceae*, pequeños lugares en donde se reunian nuestros padres; las *cryptas* en donde arrodillados ante el altar de un mártir, se alimentaban con el triple pan de la palabra, de la oracion y de la Eucaristía; hé aquí los *cubícula* cuyas pinturas y cuyos humildes adornos han desaparecido bajo la mano de los Lombardos. Algunas inscripciones encontradas por Bosio, enseñan que el cementerio de San Calépedo sirvió tambien de sepultura despues de las persecuciones. En el interior brota un manantial de límpida agua, admirablemente colocado para las necesidades y usos de la Iglesia naciente, y todo prueba que esta vasta Catacumba fué el dormitorio de un pueblo entero de mártires. 1

Uno de los cuarteles lleva el nombre de San Julio, y lo debe á aquel celoso pontífice que fué sepultado en las Catacumbas de San Calépedo, cuyas galerías aumentó y cuyos monumentos restauró. Mandó comenzar otras dos, una en la vía

1 Aringhi, lib. I, c. II.

Flaminiana y la otra en la vía de Porto; su cuerpo descansa hoy en Santa María *in Trastevere*.

No léjos de allí se abre una de las más antiguas Catacumbas, supuesto que se remonta al año 69 de nuestra era; he nombrado con esto el cementerio de los Santos Proceso y Martiniano. Estos dos Santos, carceleros de San Pedro y de San Pablo en la prision Mamertina, fueron convertidos y bautizados por San Pedro, cuyas sangrientas huellas no tardaron en seguir. Lucina, que les habia visto á menudo cuando ella iba á visitar á los Apóstoles en su prision, cuidó de ellos tambien cuando se convirtieron en prisioneros de Jesucristo. El dia de su martirio, les acompañó seguida por toda su familia, y hasta en el cadalso les dirigió estas nobles palabras: "Soldados de Jesucristo, tened valor y no temais tormentos de un instante." 1 Con la misma intrepidez que las santas mujeres del Calvario, desafia á los verdugos, recoge los cuerpos de los mártires, les envuelve en lienzos preciosos con perfumes y les deposita en el cementerio que ha mandado abrir en su propiedad en la vía Aureliana. 2

Como se ve, desde la primera persecucion, los cristianos tuvieron Catacumbas cuya entrada era inaccesible á los paganos. Hacia el año 816 el Papa Pascual I mandó trasladar los cuerpos de los Santos mártires al Vaticano en donde descansan hoy todavía. 3 Al salir de aquellos luga-

1 Milites Christi, constantes estote, et nolite metuere poenas quae ad tempus sunt. *Eod. ms. S. Coeciliae.*

2 Id. Id.

3 En cuanto al cementerio de Santa Agata, de que se habla en las bulas de San Gregorio y de San Leon, muchos creen que es el mismo que el de Santos Proceso y Martiniano; otros piensan que diferente, pero como no está abierto, nos contentaremos con saludar respetuosamente y con honrar á los mártires de quienes es sepultura.—Aringhi, lib. II, c. XIV.

res, testigos de tanto heroismo, se cree oír las palabras pronunciadas en medio de sus suplicios por los Santos Proceso y Martiniano: "Sea bendito el nombre del Señor," 1 y en la efusion de su reconocimiento el católico repite: ¡Bendito sea el nombre del Señor; bendito, por haber inspirado tanto valor; bendito, por haber certificado la fe con la sangrienta firma de tan gran número de testigos; bendito, tambien, por haberla conservado y con ella la libertad, las luces, la civilizacion del mundo!

22 DE DICIEMBRE.

Historia de las Catacumbas desde el siglo décimosexto hasta nuestros dias.—Reapertura providencial.—San Felipe Neri.—Bosio.—Boldetti.—Marangoni.—D'Agincourt.—Razones de la obstruccion de las galerías.—Excavaciones actuales.—Vía Cornelia.—Catacumbas de la vía de Porto, de San Ponciano, de Generosa *ad Se tum Philippi*,—del Papa San Julio.

Vamos á seguir la historia de las Catacumbas que hemos dejado ayer en el siglo décimosexto. Entónces fueron vueltas á abrir para no cerrarse más. Para comprender lo que hubo de providencial en este acontecimiento, es necesario referirse á las circunstancias en que se encontraba la Iglesia. Acaba de aparecer Lutero. Con el sople de su boca impura el monje apóstata produce en la vieja Europa un vasto incendio. Se ve á los pueblos atacados repentinamente de vértigo, profanar los santuarios, romper los sepulcros, entregar á las llamas las reliquias de los santos y arrojar las cenizas de los mártires. Lo mismo que las persecuciones de Neron y de Diocleciano, esta guerra sacrílega desola á la religion, á la cual despoja bru-

1 Sit nomen Domini benedictum. Id. id.